

LOS INCAS EN EL SIGLO XX

Alfredo Metraux.

¿Qué queda actualmente de la civilización que hemos evocado en este libro? ¿Es que se apagó, no dejando otras huellas que las ruinas de sus ciudades, sus tumbas y los textos de las antiguas crónicas españolas que nos la describen? ¿Han desaparecido para siempre sus instituciones y sus creencias, o continúan modelando la vida de los hombres que son sus herederos?

En los territorios sobre los cuales extendieron su poder los soberanos del Cuzco, de seis a siete millones de indios hablan aún y su lengua, la "runa-simi", más conocida con el nombre de "quéchua". Por paradójica que pueda parecer esta comprobación, probablemente el "quéchua" está más difundido que en tiempos de los indios. Salvo el "aymara", que utilizan un millón de indios bolivianos y peruanos, y del "uro", que sólo conocen unos cien o doscientos individuos, las diversas lenguas y dialectos hablados en el Imperio se extinguieron. Gracias a la Iglesia Católica el "quéchua", que los incas imponían a sus súbditos, triunfó sobre las lenguas rivales y se convirtió en la lengua franca de las tierras altas del Ecuador y al norte de la Argentina. Incluso lo hablan pueblos que jamás dependieron de los incas. Lejos de perder terreno, el "quéchua" —del que se sirven los misioneros para evangelizar las tribus salvajes,— se extiende cada día más en la cuenca amazónica.

Los indios no se sienten orgullosos de su lengua. La consideran como una prisión en la que se hallan encerrados y de la que ansían evadirse para mejor defender sus intereses e integrarse en el resto de la nación. A menudo, el celo de los educadores —que tratan de enseñar a los niños a leer y escribir en la lengua de sus antepasados— es mal comprendido por los padres, los cuales insisten en que se enseñe el español en las escuelas rurales y ven en el interés hacia el "quéchua" una forma solapada de discriminación. Cabe esperar que el entusiasmo de los indigenistas por todo lo que es indio y, muy particularmente, por el folklore andino, terminará por modificar esta actitud y que la práctica de la "runa-simi", "la lengua de los hombres", se convertirá de nuevo en un motivo de orgullo.

Los indios andinos que no fueron reducidos a la servidumbre en las haciendas, se hallan todavía agrupados en "comunidades" que, en nu-

meros aspectos, son la continuación de los antiguos "ayllus" incas, a pesar de que las relaciones entre la moderna comunidad y el "ayllu" antiguo no aparecen muy claras. Entre los caracteres comunes figuran en primer lugar la gestión colectiva de ciertas tierras y la inalienabilidad de las otras. Las parcelas que posee cada familia en propiedad completa no pueden en ningún caso ser cedidas a un "extranjero", es decir, a un blanco, mestizo o indio que no pertenezca a la comunidad. La necesidad de hacer frente a las usurpaciones de los grandes propietarios agrarios antaño, y actualmente a los blancos y mestizos de las aldeas y de los pueblos, contribuyó a cimentar las comunidades y a crear entre sus miembros profundos sentimientos de solidaridad. Gracias a esta cohesión, mantenida contra viento y marea, han logrado sobrevivir no obstante las medidas de todas clases adoptadas para destruirlas. Sólo después de la Constitución de 1919, el Perú reconoció a las comunidades indígenas una personalidad jurídica. Actualmente existen incluso comunidades artificiales, que fueron creadas con el único fin de figurar como tales en un registro y aprovecharse así de la protección del Estado. Al igual que antaño, están divididas en dos sectores, "hanan" y "hurin" —alto y bajo—, cuyos miembros se sienten unidos en cada sector por lazos que los oponen a veces a los de la otra "mitad", sobre todo durante las fiestas.

Las luchas y los sufrimientos han transformado los pueblos indios en otras tantas pequeñas sociedades, replegadas sobre sí mismas. La rutina que los caracteriza no es únicamente consecuencia del aislamiento o de la miseria, sino que en ocasiones es una especie de ignorancia premeditada, que los sociólogos denominan "defensiva". Al negarse a sacar partido de las alternativas que el mundo exterior les ofrece, al permanecer tercamente ligados a las tradiciones y a las normas locales, los indios tratan de preservar en la medida de lo posible su orden social y su sistema de valores. La pobreza —que no es de ahora—, idealizada, se ha convertido en virtud. La sencillez en el vestir y en el hogar, la frugalidad, son para ellos otras tantas imposiciones morales, que constituyen obstáculos al cambio y a la mejora del nivel de vida. Cuando el equilibrio se rompe entre consumo y producción como consecuencia del aumento de la

población, de la pérdida de las tierras de cultivo o por cualquier otro motivo, la comunidad no reacciona buscando nuevos recursos o mejorando el rendimiento de sus campos, sino restringiéndose aún más. Cada vez, pues, que el gasto excede la capacidad de producción, la comunidad restablece el equilibrio mediante una disminución del consumo. Estas comunidades intentan salvaguardar su integridad merced a las economías efectuadas en la satisfacción de las necesidades.

El problema fundamental de todos los indios andinos es el de la tierra. Mientras antaño los "ayllus" podían ser despojados, sin grandes perjuicios, de una parte de sus parcelas en favor del Inca o de los dioses, actualmente existen pocas comunidades que dispongan de un terruño lo suficientemente extenso para asegurar a una población cada día mayor los medios necesarios para subsistir, y con mayor motivo todavía los excedentes indispensables a una economía que depende cada vez más del mercado. El "hambre de tierra" presenta a veces formas obsesivas y provoca interminables procesos que los indios se hacen mutuamente y cuyos únicos beneficiarios son los "tinterillos", esos leguleyos sin escrúpulos que desde el siglo XVI viven de la explotación de los indígenas. Cuando la injusticia y la opresión resultan hartos crueles, al convencerse de que nada puede esperar de las autoridades, el indio no duda en recurrir a la revuelta. No ignora que toda sublevación resulta inútil y que la represión sería sangrienta. La frecuencia de esas rebeliones nos da, sin embargo, la medida de su desesperación.

Las propiedades de los indios, ya insuficientes para permitir el desarrollo de una economía sana, raramente pertenecen a una sola persona. El fuerte empuje demográfico, así como la aplicación de las modernas leyes sucesorias, han conducido al parcelamiento extremo, a la pulverización de los bienes raíces. En la orilla oriental del Titicaca hay pocas propiedades que no estén fragmentadas como mínimo en quince o veinte pedazos. No pocos indios se quejan de no poseer más que surcos dispersos, a grandes distancias los unos de los otros. Chucuito, aldea de apariencia próspera que disfruta de un clima templado, no cuenta más de quince o veinte familias capaces de vivir enteramente de los productos de sus tierras. El resto de los habitantes se ven obligados a buscar sus medios de existencia fuera de la agricultura. Muchos cultivadores recurren a la cría de ganado para obtener un suplemento de recursos, pero el desarrollo de esta actividad choca con la insuficiencia de pastos. Los indios que trataron de aumentar sus rebaños se vieron obligados a llevarlos a pastar en las tierras de las haciendas, mediante prestaciones bastante elevadas en especie o servicios personales. El resultado de todo esto ha sido una emigración hacia las ciudades, cada día de ma-

yor importancia. Lima, que en el siglo último se jactaba de ser una ciudad "blanca" o todo lo más mestiza, cuenta actualmente con una población de medio millón de indios de la sierra amontonados en horribles chabolas.

No obstante la despiadada caza de antaño contra los ídolos y los idólatras, los indios modernos, si bien se proclaman católicos, no por ello dejan de orar y hacer sacrificios a las antiguas divinidades andinas. (1) El culto solar no ha sido totalmente olvidado. Tanto Dios como Cristo son a veces identificados con el Sol, saludado aún con el título de "Inti-huayna Capac", "Sol joven jefe", el cual otorga la fuerza y la salud. Propongo a la enfermedad, puede transmitirla a las aguas por medio del arco iris. En Bolivia y en el sur del Perú, la divinidad pagana que recibe los más fervorosos homenajes es la "Pacha-mama", la madre tierra, guardiana de las cosechas y de los rebaños. Madre benévola y generosa, ha sido comparada a la Virgen. Los riots de carácter agrario, observados con escrupulosidad, se acogen a su invocación.

No existe iglesia o capilla, por humilde que sea, que no tenga una pequeña estatua de Santiago, el santo guerrero protector de los conquistadores, el cual, con todos los rasgos de un caballero del siglo XVII, blande su espada y aplasta al demonio con los cascos de su caballo. Para los descendientes de los incas, Santiago es el señor de los relámpagos, "Apu-illampu". Se le sacrifican llamas en los lugares donde cayeron sus rayos. Los nacidos en el momento en que un relámpago atraviesa el cielo, o que lograron sobrevivir después de haber sido fulminados por el rayo, se ven investidos de poderes misteriosos que hacen de ellos magos y hechiceros. De hecho, la magia sólo puede practicarse si se recibió el bautismo del fuego celeste.

Al lado de las grandes divinidades heredadas de la mitología prehispánica, los indios adoran a innumerables espíritus, "auki", "apu", "mallcu", que habitan las montañas, los ríos, los estanques, y los lagos. Son los antiguos "huaca", a los que nos hemos referido a menudo anteriormente. Las aldeas se hallan bajo la protección de genios simbolizados por piedras disimuladas en cuevas o enterradas. Las chozas familiares están guardadas por un espíritu que, en forma de gato o de halcón, recibe sangrientas libaciones.

En el mercado, tanto en los pueblos como en las aldeas, existen puestos en los que las vendedoras ofrecen objetos destinados a las ofrendas tradicionales a la "Pachamama" y a los "espíritus". Los copos de lana y el papel de plata o dorado reemplazan ahora al oro o la plata que antaño se ofrecían a los dioses. Asimismo, los artículos más solicitados son los fetos de la-

(1) Esta afirmación no puede aceptarse con la generalidad que pretende darle Metraux. N. de la R.

ma, de oveja o de cerdo, los cuales, adquiridos a precio barato, substituyen al animal sacrificable. Los indios, que se han vuelto pobres, han logrado convencerse de que las divinidades aceptan alegremente los simulacros de las ofrendas que ya no pueden obtener.

Las múltiples fiestas de la liturgia católica han servido de pretexto a una expresión rica y variada. Para hacerlas coincidir con las fechas del calendario ceremonial inca, los indios han otorgado a fiestas menores una importancia considerable. El Corpus Christi ha reemplazado el "intipraymi", la gran fiesta del Sol. La Invencción de la Santa Cruz, el 3 de mayo, corresponde a las antiguas ceremonias agrarias de la recolección y provoca danzas y diversiones totalmente extrañas a la tradición cristiana. Los meses vacantes entre la siembra y la recolección son, como en otros tiempos, un período de regocijo, con danzas y mascaradas. Entre las trescientas o cuatrocientas danzas catalogadas, no siempre es fácil distinguir las que corresponden al período prehispánico de las que, adoptadas después de la Colonia, sufrieron la influencia española. Las danzas guerreras, las danzas de oficio, fueron ya señaladas por los cronistas españoles, pero las danzas mímicas de carácter satírico son de origen más reciente, como algunas pantominas inspiradas en el antiguo teatro castellano.

En el país andino se habla mucho del *Inmovilismo del indio*, al que se le acusa del estancamiento económico y de la lentitud del progreso material. Tales juicios encierran una profunda injusticia. En primer lugar se olvida que los antepasados de esos mismos indios crearon una de las civilizaciones más originales que el mundo conoció, haciendo habitable un lugar que naturalmente apenas lo era. Por otra parte, uno se pregunta quién podría reemplazar al indio si fuese eliminado, como algunos lo desean. En Bolivia, donde una revolución social y económica hizo de los quéchuas y de los aymaras propietarios de las tierras que desde hacía siglos cultivaban para otros, su actitud se ha transformado rápidamente. Despojándose de su fingida humildad para adoptar un tono y un comportamiento más dignos, rechazan el nombre de indios y se denominan a sí mismos campesinos. Las milicias indias han defendido el nuevo régimen; merced a la instrucción, el indio está llamado a ocupar una plaza preponderante en la vida política de un país en el que constituye más de la mitad de la población. En el Perú y en el Ecuador, donde la situación del

indio continúa siendo misera, se perciben signos precursores de grandes cambios. El indio ya no está aislado. Emigra hacia las ciudades, donde aprende el español y se inicia en la vida política. Comienza a adquirir conciencia de su fuerza y acepta con menos facilidad la despiadada explotación a que está sometido. Debe considerarse como una herencia de la tradición incaica la afección del indio a su comunidad y su concepción de un progreso en el cuadro de ésta. Bastantes de esos grupos indígenas, cansados de aguardar un sostén exterior, tomaron entre sus manos su destino y se han modernizado. Las comunidades han construido escuelas, creado becas para los niños de inteligencia más despierta; otras han establecido granjas modelo. Una comunidad de Mantaro construyó incluso una central eléctrica, gracias a la cual obtiene importantes beneficios. Estos esfuerzos colectivos no se podrían concebir sin la persistencia del espíritu de solidaridad y el hábito de trabajar en común que caracterizan a los antiguos "ayllus" imperiales. Hecho todavía más importante: todos los indios que hablan el "quéchua" tienen el sentimiento de pertenecer a una nación, la de los incas, por lo que se oponen a los mestizos y a los blancos en nombre de su herencia común. De hecho, los indios de la montaña, del Ecuador a la Argentina, participan de una civilización mucho más uniforme que la existente en la época del Imperio Inca. La instrucción, más extendida, les ha hecho familiares los nombres de los grandes emperadores incas y les ha dado a conocer la riqueza y la felicidad de los pueblos que les estaban sometidos. Cuando un día próximo las masas indias se rebelen para exigir que se les rinda justicia y que la tierra que les fue robada les sea devuelta, se asistirá entonces a un tercer renacimiento de los incas.

En los villorrios perdidos de los Andes, unos folkloristas recogieron recientemente un mito, sin duda alguna muy antiguo, que expresa la nostalgia del pasado y la esperanza de tiempos mejores. Antaño un hombre fabuloso, llamado "Inca-ri", fundó la ciudad de Cuzco en el lugar donde se clavó una varilla de oro. Lo mató hace muchísimo tiempo un jefe blanco y su cabeza fue enterrada cerca de Lima. Desde entonces, ella no dejó de crecer y retornará de nuevo a la vida, unida a un cuerpo. Habrá llegado el juicio final... El imperio de los incas será restaurado y la felicidad reinará de nuevo en el viejo Perú.

Del libro de Alfredo Metraux, "Les Incas", Editions du Seuil, París, 1962, capítulo último.